¡Libertad o Muerte! Para Radowitzky Deberá ser el Lema de la Huelga General

LA ANTORCHA

Año VIII — — — Número 286
Buenos Aires, Febrero 23 1929

SEMANARIO ANARQUISTA
Número suelto 0.10 Ctvs. — Subscripción trimestral $ 1.20

TODA CORRESPONDENCIA
a DONATO A. RIZZO
Venezuela 4146 - Rep. Argentina

EL PRESO COMUN

Hará veinte o treinta años atrás, Severine, la vieja combatiente por la libertad, entre sus muchas bellas, fogosas y apasionadas páginas de protesta, redactó una, tal vez la más saturada de amargor histórico de todas, dedicada a las víctimas del fusilamiento de Fourmies, una de las tantas masacres ordenadas por la pudibundez de la Francia republicana. A través del relato punzante y removedor de toda nuestra indignación, la Severine no precisó fechas, circunstancias, motivos; pálida, escrita al día siguiente de la masacre, mojada la pluma en la sangre aún caliente de los caídos y puesta la sensibilidad al contacto de todo horror escalofriante de ésa represión, sólo consigna una infancia entre las muchas cometidas por ese cosaco ardente Chapus y la soldadesca del regimiento 145 que regenteaba en ésa oportunidad, infamia que hiere honramente su espíritu de mujer, aún más que las mismas descargas mortíferas de la fusilería asesina, y hace gritar de su conmovido relato la más dolorosa constatación: más brutal que la misma represión, que el espectáculo de las fusiladas de Fourmies, jovencitas inocentes de todo "delito" como no fuera la inquieta turbulencia de su manifestación huelguista, la conducta miserable de los que siguieron los hechos a las pocas horas de la batalla, alegando un flagrante y una posible justificación del crimen, al pretender tejer ésta un halo de consuelo para edificación y tranquilidad de las mujeres "honradas" de Francia: "En primer lugar, entre los caídos, había mujeres de costumbres muy livianas". Severine siente sublevar su ánimo, toda su alma, su entrañable amor por los pobres, ante tamaña infamia de quienes eximense así, brutal y cínicamente, de toda solidaridad y toda lágrima, dividiendo a los caídos en dos grupos: los que puedan saber interpretar la ley, las costumbres y lo establecido de la sociedad, clerical y burguesa y los que las han observado y acatado pasivamente; y como acusación para los mercenarios que hacen la opinión del día, como reivindicación a la vez para los caídos, trae ante nuestros ojos el listado de las fusiladas. Las jovencitas que movieron ésa consideración canallesca al redactor de "L' Temps", cargando sus posibles pecados para menguar lo brutal de la represión, contaban de los veinte años; Marie Ledoux, la que llevaba la bandera de la turbulenta manifestación de muchachitas y niños, tenía quince años; pero se sospechaba que era un poco más que novia de Giletaux, su acompañante, y "L' Temps", no conmueve, no puede conmoverse. "L' Temps no comprende que a los quince años, si se ha pecado, no ha pecado mucho". Ernestina Biot tenía diecinueve años y un niño. "L' Temps" tampoco puede sentir piedad. Laura Hublet, veinte años, Felicia Vemuiller, diecisiete; todas jóvenes, todas masacradas con sus niños en brazos, frutos del amor ilegal, presentas busconas, venidas del arroyo París la turbulencia de los manifestantes, para la austera teoría de "L' Temps", ¿valen o no una lágrima? ¿Todo el sentimiento de la raza, toda la piedad femenina, toda la solidaridad por el dolor de que tenemos llena el alma, protestan y se indignan contra ésta teoría monstruosa", concluye la Severine. Página única, colmada de dolor, lo escrito por ésa valiente mujer amadora de los humildes hará veinte o treinta años atrás, se hace siempre actual, por su evocación y por su fuerza, para ridiculizar, en toda su cínica y ruda desnudez, el juicio de los burgueses, la infame opinión de los que piensan por y para los burgueses, la vara de medir que ellos han puesto, aún en las propias manos de muchos hombres del pueblo.

Las razones, el juicio de un revolucionario, menos de un anarquista, no pueden estar jamás falseados, orientados bajo el prisma de la opinión burguesa. Queda a los periódicos encanallados por el oro vil de los poderosos, como para el redactor de "L' Temps" que nos menciona Severine, el cínico tejer de ésa flor de consuelo para satisfacción de las mujeres conceptuadas "honradas"; queda a ellos, y no a nosotros, el cargamiento de los caídos, la policía y repugnante faena de hurgar en el hedor los masacrados para hacerlos merecedores de la piedad o una lágrima. La moral burguesa se alimenta, para su presunto brillo, de la extracción de un fingido contraste con las debilidades, la pobreza o el fracaso de sus exilados, los derrotados o descastados a prebendas, sus dineros o su mandato la careta de vilezas bajo la oculta las justificaciones más viles y repugnantes. Si el caído ha muerto, como presumían los periodistas parisienses, por el signo inocuo del amor clandestino, en las jovencitas muchachuelas del arroyo fusiladas en Fourmies; si, empujado por el hambre o la desesperación, el hasta ayer obrero "delinque", calga sobre ellos el escupitajo de los presuntos hombres o mujeres honrados; si, en cambio, los pudiéramos en algo conceptuar cercanos a nuestro juicio de la sociedad, la costumbre y la moral legales, si no les adivináramos posibles transgresiones y hasta, siendo nosotros revolucionarios, en parte comunes a nuestras propias aspiraciones, bien valen sea vertida por su infelicidad una lágrima o expresada una conmiseración.

Es brutal, repugnante todo ésto. Podría ser la tabla de valores, hace treinta años atrás, para el redactor de "L' Temps", como hoy para el adocenado periodista de "La Nación" o "La Prensa", pero nunca para quién se dice obrero o revolucionario. Allá los burgueses con su tablá de valores, con sus varas de medir cortadas por su código y moral legales; el anarquista y el revolucionario siempre tendrán una justificación y una defensa para el caído, para el delincuente, para la prostituta, para cuantos la misma sociedad de la riqueza y el ocio han puesto a su margen, para mejor justificación de sus crímenes, su dominio, su oro y sus virtudes amasadas en el dolor y la desesperación de los más.

Entre los innumerables caídos y derrotados en la batalla social de todos los días, batalla ruda e ignorada, donde no priman ideales sino el más imperioso derecho a la vida, cuéntase uno a quien ha venido negándosele toda simpatía, apoyo y solidaridad, y que, al atrapado en las espesas mallas de las instituciones legistas, la sociedad burguesa catalógalo como delincuente. Este nutre, en su mayoría, las cárceles, los establecimientos penales. Es el considerado comunmente, por "derecho común", el ladrón ocasional o permanente, el vulgar homicida, hasta muchos trabajadores refractarios a tal o cual precepto legal de la sociedad burguesa, defeneciándolos por ese denominativo de los llamados presos o condenados por "derecho político", los anarquistas y revolucionarios apresados por sus ideas, sus actos de reivindicación social dirigidos contra los fundamentos económicos y políticos de la organización social presente. La diferenciación ha sido marcada por la ley, o cediendo a su espíritu, aun cuando ésta condena por igual, con el mismo rigor, a los reos punibles de delitos comunes o sociales. Pero, para los anarquistas, al menos, para nosotros, conscientes de toda infamia burguesa, las sutilezas y la opinión legales no pesan ni valen. No puede interesarnos el juez, el código, el juicio y la teoría legistas, sino lo verdaderamente humano, el obrero como explotado, el revolucionario como compañero y perseguido, el delincuente y el preso "común" como víctimas. No se trata de equiparar actos, de buscar psicologías, buscar similitudes o diferencias, establecer los móviles y responsabilidades. — ¡tarea grata para un juez, por cierto! — sino de aplicar la luz de nuestras ideas, nuestras opiniones, más válidas, por nuestras, que las del burgués o el código, para llegar a un juicio o una actitud frente al caído, el preso "común", el delincuente. ¿Tendremos para él, acaso, la vara de medir de la opinión burguesa? Lo justificamos en tanto que es víctima, robado de todo derecho a la vida por los ladrones dorados; lo defendemos en tanto que compañero de reclusión, sujeto al mismo régimen de violencias y abusos por celadores de presidio y privado de libertad tanto como nosotros; nunca estaremos a su margen, como víctima o prisionero, porque mucho tiene que reivindicar en ambos casos frente a una sociedad que lo ha condenado, antes que al presidio, al drama mayor de la desesperación y el robo. No le dejó de interesar al propio Domela Niemvenhuis, para quien la suerte del prisionero, aun cuando culpable según las leyes, le interesaba mucho más que la suerte del rico pirata, y a Armand, que llega a considerarlos, en la cárcel o el presidio, los parias de la civilización occidental, y a Severine, que se subleva ante la teoría monstruosa de catalogar a los caídos en prostitutas u honradas, como en Fourmies, y a cuantos, siendo anarquistas, están más allá de las malezas y el prejuicio legales y comprenden cuan odiosa, cuan repugnante es la condición de la moral burguesa, que cierra todas las puertas a los caídos y los sumerge aún más en la abyección y el crimen, para así justificar la represión legal, más oscura y criminal que los llamados actos punibles del delincuente que ella genera.

Llevaba razón Domela Niemvenhuis, llevaba razón Armand en su trabajo publicado en "La Antorcha" hará dos años, trabajo que motivó la colaboración anónima firmada A. V. insertada en el pasado número, llevaba razón el redactor de "Afirmación" al impugnar una solicitud dirigida por obreros de la F. O. R. A. al propio jefe de policía, que había ordenado la inmediata represión contra ellos, en el sentido de establecer un régimen mejor, una separación con los delincuentes comunes alojados en el cuadro 5o., llevaron razón, decíamos, cuantos no tuvieron reparos en solidarizarse con los caídos. ¿Qué valor implicaría un anarquista si no tuviera la valentía, la hombría de esta solidaridad? El camarada A. V., en torcida polémica, porque desvía lo fundamental que nosotros apreciamos en el artículo de Armand, pide que nos defendamos de la "tesis" del compañero francés para no caer en una pendiente que él supone de degeneración, pero no vé que su juicio va derechamente a los conceptos y la opinión burguesas, tanto que no trepidaría, como el redactor de "Le Temps" que mencionáramos más arriba, en tejer a su vez su flor de consuelo para los hombres "honrados"... Armand, en mucho de lo fundamental de su artículo publicado en "La Antorcha", llamaba la atención de los anarquistas sobre los presos comunes que sufren en las cárceles y presidios un régimen de privación de todo derecho al goce, a la lectura y la expansión; que están sujetos a una explotación del trabajo crudamente hostial sin que por estos "parias de la civilización occidental" haya levantado jamás una sola voz solidaria la organización obrera, teniendo, como tiene en los talleres de las cárceles, una fuente de producción rigurosa y militarizada dispuesta siempre a subvencionar las necesidades creadas en la sociedad por los trabajadores en huelga de un dado oficio. Esta indiferencia [illegible] proletarios de las cárceles, y el pedido de separación de regímenes común y político, — distinciones que siempre conceptuaremos odiosas: — movió a Armand, entre otras consideraciones que podemos o no subscribir, pero que no creíamos esenciales al propósito de la publicación de su artículo, a redactar su trabajo sobre cómo entendía el pedido de amnistía general encarado por anarquistas y comunistas franceses. Pero, fuera de toda materia polémica, que no vendría al caso, conviene más a nosotros una afirmación de nuestros conceptos y juicios anarquistas, de nuestra posición moral y combatiente, ante consideraciones como las que subscribió el compañero A. V. en el pasado número de "La Antorcha". Ya que fué planteado el problema, vaya pues nuestra opinión sobre el llamado preso "común". Estamos en esto con Eugenio Debs, con Domela Niemvenhuis, con Armand, con la misma Severine, una de cuyas más impresionantes páginas hemos tratado de evocar para hacer más vivo, más remarcable el repudio a esa teoría monstruosa del catalogamiento de los caídos; valen los presos comunes, no ya una lágrima, sino toda nuestra atención, como presidarios y como víctimas, nuestra solidaridad y reparo.

El anarquista que no sepa colocarse a la par de los caídos, de los más ofendidos, repudiados por la sociedad burguesa y legalitaria, no hará camino en la solidaridad y la justicia. Así, aquellos que hacen reparos al ladrón y temen verse confundidos con él en la misma cárcel donde se sufre igual rigor, simplemente porque se conceptúan "condenados por un noble delito", ningún verdadero eco humano podrán despertar con sus propagandas. El confraternizar con los caídos no significa que debamos caer en la órbita de su posible influencia, — ¡extraño temor por cierto! El revolucionario ha superado toda vacilación, y bien sabe que la delincuencia no será su fin; que no es dinero, la simple satisfacción personal, lo que llenará su vida; será el amor, la pasión militante, la fe en la justicia lo que colmará su existencia.

Seamos anarquistas. Desterremos [illegible] legales. Reivindiquemos [illegible] preso común, el sacrificado que llena las cárceles de todo el mundo, y tengamos para con él una voz de solidaridad.

OBREROS

No se ama al obrero. Interesará tan sólo como motivo literario a unos, como búsqueda de un presunto sociologismo a otros, como partidario, votante, afiliado o cotizante a los más. Fuera de esto, el obrero será la cosa, el objeto sin personalidad ni conciencia, fácil a todos los abusos, para quien caberán todos los engaños; y si abandona la pasividad del afiliado, votante o cotizante, si se hace a un margen de la cruda expoliación patronal, entonces sí que podrá tildársele de chusma, de hez, de bajo fondo social. Toda la literatura de la burguesía, el conceptualismo de sus voceros, están enderezados al desprecio, al sarcasmo del obrero; la de no pocos "avanzados" también a considerarlo algo de difícil e incierta redención, como no sea que antes se les entregue atado de pies y manos, se deje desbastar por dentro y por fuera, y se acondicione de tal forma que pueda servir de dócil material humano a los fines de la revolución que ellos proyectan.

No se ama, no hay verdadero amor para el obrero, aun en muchos que se dicen revolucionarios. Pero él vale, es algo más que un caudillo, un político, el sociologismo estéril y presentuoso de los adoctrinados, los directores. Palpita en él un fondo de humanidad que

tras sus lentes ahumados los parásitos de la acción no pueden ver. Falta descubrirlo, no intentar gobernarlo, falta amarlo, no ir en ociosa búsqueda de sus posibles defectos, errores e incertidumbres. No comprendemos al revolucionario que, como primer gran amor de su vida, a la par que en su ideal, no pone su cariño, su capacidad amorosa y emotiva en el obrero. ¿Por qué la mofa, los palos de ciego, el sarcasmo para el obrero que camina a tientas, carece de andar desenvuelto y da más pasos de los adoctrinado estéril? ¿Por qué el desencanto hecho caer como gotas de plomo hirviente sobre las manos, torpes pero ennoblecidas, de los trabajadores? ¿Por qué cerrarse, combatir, desabuciar todo intento, todo propósito que de ellos venga, por el solo hecho que contradigan en algo nuestros conceptos personales, simpatías o amores? Todo paso, toda tentativa redentora del obrero debiera encontrar nuestra amorosa comprensión, nuestro auspicio y fervidez si hace camino adelante, nuestras serenas disculpas si lo desanda.

No estamos para ayudar a caer, sino para ayudar a levantarse, decía Barrett. Un propagandista, un militante revolucionario debiera plantearse, entre muchas, esta seria, grave y delicada cosa. Lorenzo, Anselmo Lorenzo, el buen "abuelo", planteóse en su vida de propagandista entre los proletarios españoles este interrogante: ¿Qué hostilidades, qué clase de amargnestaciones puedes sembrar tú contra tus camaradas obreros por sus equívocos, sus tupinientos, cuando poco has hecho por enmendarlos o cuanto has intentado no alcanza aun a iluminarlos? Toda su actividad fué dirigida en ese sentido. Amó profundamente a sus compañeros obreros. No pretendió considerarse jamás un intelectual, un "emancipado", a cien codos sobre la ignorancia de los más, cuando tuvo que condividir, y esto fué su vida entera, la ilustración, la bondad y el saber con los trabajadores. Lección grande, lección de fe y amor nos dió Anselmo Lorenzo. Obrero tipógrafo en su mocedad y madurez, nunca desembarazóse de su conciencia de tal, y al abandonar, ya viejo pero no cansado por fracasos o decepciones, las cajas por las cuartillas, el taller por la redacción del periódico obrero, quedó en pie, más arriba de su físico batido por los años y los achaques, la voluntad idealista, la llama optimista de su cariño y confianza en el camarada obrero, vida reciamente moral, como argüía el mismo Lorenzo, por el solo hecho de serlo.

Amar, depositar fe y confianza en el obrero, sentirse su compañero, ser todo ternura para él, no hostilizarlo, no despreciar su ignorancia porque erre, cuando sus posibles equivocaciones no tendrán nunca parangón con las infamias del burgués o gobernante, tender siempre la mano amiga y la buena palabra a todos sus propósitos, auspiciarlo, defenderlo en cualquier circunstancia, esta es la lección de Anselmo Lorenzo. ¿Qué valdrían el conocimiento, el saber, la rebelión, el revolucionarismo, sin ese fóco de ternura y cariño donde cobijar al obrero, haciéndolo por siempre nuestro igual y compañero? Anselmo Lorenzo tuvo la conciencia de esto; desechó toda hostilidad, todo cuadillismo, preceptorismo y demagogía frente al compañero de taller, de agitación o de gremio; obrero él y para toda la vida, no vió otra misión que la de estar a la par de ellos. ¿Por qué no poner amor donde cabe el amor, el corazón y la esperanza donde está lo ciertamente tierno y fecundo? Volvamos al obrero, no lo desechemos por incomprensión o fracaso más o menos, no abandonemos sus luchas y propagandas. El anarquismo sin su enorme base de posibilidades sería algo estéril. No pasaría de un narcisismo inocuo o la satisfacción estúpida y bestial de una "emancipación" personal a cambio del olvido de cuantos debieran ser nuestros hermanos, por pobres, ofendidos y humillados.

LA TRAGEDIA DE LOS MAESTROS CHILENOS

Como represalia por la condenación que a la prensa libre y maestros del Continente y de Europa han merecido las medidas violentas aplicadas a los maestros que dirigían la Asociación General de Profesores y desempeñaban cargos de responsabilidad en la Reforma Educacional, la dictadura, en los últimos días ha hecho detener y mantiene incomunicados a los maestros Quiterio Chávez, Víctor Troncoso, Luis Gómez Catalán, Eleodoro Domínguez, Amelia Albornoz, Eduardo Velastín, Juan B. Fuenzalida, Salvador Fuentes Vega, Leoncio Morales, Ernesto Roa, Evaristo Ortiz, Flavio Acuña, Guillermo Ovalle, Róbinson Saavedra Gómez, Germán Gaete, Cipriano Eriza, Daniel Navea y otros que completan el número de treinta. A todos ellos se les juzga militarmente como presuntos conspiradores — vieja patraña demasiado conocida para eliminar a los desafectos a un régimen de fuerza — y, según se asegura en Chile, se tiene el bárbaro propósito de confinarlos a la tenebrosa isla de Más Afuera, abandonada en el Pacífico.

Simultáneamente, por decreto de fecha 19 de febrero, el ministro de educación, Pablo Ramírez, ha destituído sin sumario ni proceso alguno, a CIENTO SEIS maestros más, que agregados a los separados anteriormente, integran una cifra que pasa de los dos centenares.

Se mantienen para el resto la suspensión total de las libertades y garantías individuales, la censura de su correspondencia y la estrecha vigilancia por los carabineros, tornando irrespirable el ambiente moral en que los maestros deben desarrollar su acción docente, y dando a la América un espectáculo digno de los tiempos de Rosas.

SOLIDARIDAD EN FAVOR DE LAS VICTIMAS

La I. M. A., que ha tomado a su cargo la defensa y la atención material de las víctimas de la dictadura debe dejar constancia de que los maestros y hombres conscientes de todo el mundo han respondido ampliamente a su angustioso llamado de solidaridad humana.

Como el índice más elocuente de esto, la colecta levantada por la I. M. A., asciende a la cantidad de $ 2.297.30 m|n. erogados en las países que se indican: Argentina, $ 936; Paraguay, 133; Perú, 5; Uruguay 973.30; España, 50; Francia, 200. De la suma global, dos mil pesos han sido enviados a Chile, y el resto se ha destinado a algunos de los maestros que — burlando la vigilancia — han logrado últimamente salir del país.

La magnitud de las recientes persecuciones hace presumir que muy luego se ha de multiplicar la suma reunida para llevar un socorro material a las nuevas víctimas y a las familias de los maestros, que quedan abandonadas y literalmente sitiadas por el hambre, desde que las autoridades impiden toda manifestación interna de auxilio.

ACCION PARA SALVAR A LOS MAESTROS

La situación de los maestros dignos de Chile es trágicamente angustiosa y sus colegas y amigos de América han de apelar a recursos extraordinarios y supremos, ante la opinión de sus respectivos países, para salvarlos de las garras de la tiranía!

La I. M. A., sin perjuicio de las iniciativas que puedan libremente asumirse en este sentido, recomienda:

1o. Denunciar por la prensa y otros elementos de vulgarización las medidas violentas de que son objeto los educadores chilenos;

2o. Celebrar actos de protesta contra los autores de las persecuciones, y de adhesión a las víctimas;

3o. Hacer llegar su condenación, directamente, a la Dictadura, y a sus agentes diplomáticos en el exterior;

4o. Trabajar por la expatriación de los maestros declarados cesantes;

5o. Comunicar a la I. M. A. todas las resoluciones que se adopten.